

de de ambos el respeto á la religion, el consuelo en las oraciones, la caridad pródiga y la vida ordenada.» Estas cualidades, segun todas las probabilidades, se encontraban entre los reyes anglo-sajones con menos frecuencia que la aptitud guerrera, que tambien adornaba á Offa, y la lealtad para con los amigos, que Alcuino reconoce asimismo en Offa en una carta que le dirigió en el año de su muerte. Mas raras son tambien en ellos la dureza y crueldad con que procedió Offa para asegurar la sucesion de su hijo contra todos los ataques, y de las cuales nos habla tambien Alcuino, bien que despues de la muerte de aquel monarca. Si tuviéramos noticias mas precisas acerca de la legislacion de Offa, á la que se refiere el rey Alfredo en el prólogo de sus leyes, y acerca de sus esfuerzos para que «pudiera brillar en su reino la luz de la sabiduría,» veríamos mas clara la semejanza entre Offa y Carlo-Magno y la persona del primero sobresaldria mas entre los otros reyes que hasta entonces habian gobernado á los anglos y á los sajones.

Egfrido, hijo de Offa, murió en 14 de diciembre del año 796, pasando la corona, antes de Navidad, á un sobrino llamado Coenwulfo. El doble cambio de gobierno habia conmovido fuertemente la soberanía mercia por mas que no la pusiera en peligro inminente. Así, por ejemplo, los de Kent, apenas hubo Offa cerrado los ojos, proclamaron por sí y ante sí rey á Eadberto II, que llevó el sobrenombre de *Praer* «el Predicador,» porque antes habia sido sacerdote. Sea por este motivo ó porque creyera que Mercia no dejaria impune esta insurreccion, el arzobispo Ethelhardo no se adhirió á ella, antes por el contrario lanzó el entredicho sobre el sacerdote rebelde y huyó al lado de Coenwulfo, el cual dió rápida y buena cuenta de la rebelion, assolando en 798 el país de Kent y haciendo prisionero á Eadberto, á quien mandó cortar las manos y sacar los ojos. Contra su voluntad y por efecto de su impotencia hubo de sufrir Kent la soberanía extranjera y soportar el gobierno de los reyes á quienes Coenwulfo cedió los territorios sojuzgados, es decir, su hermano Cuthredo (hasta 807) y luego al hijo de este Baldredo (hasta 825). La incondicional adhesion de Ethelhardo obtuvo su recompensa, que fué la desaparicion del arzobispado de Lichfield, creado por Offa, y á la cual contribuyó hasta cierto punto el rey mercio.

Ya se supondrá que Coenwulfo no habia de renunciar fácilmente á la creacion de su gran antecesor y que sus intentos habian de ser mas bien de desarrollarla que de destruirla. Por esto pensó en reunir los dos arzobispados en uno solo, cuya residencia fuese, no Cantorbery ni Lichfield, sino Lóndres, la ciudad mas importante de su reino, ciudad que ya en 601 Gregorio el Magno, á instancias de Agustin, habia proyectado convertir en metrópoli eclesiástica de los anglos y de los sajones. Sin embargo, cuando Coenwulfo puso de esta suerte en tela de juicio la validez de la sancion pontificia dada á Lichfield, y ya por cartas, ya por conducto del rey vasallo de Essex, que se dirigió á Roma, solicitó del papa Leon III su revocacion, el resultado de sus gestiones fué para él tan inesperado como poco grato. En efecto, Ethelhardo, que acompañado de un obispo sajón occidental se encontraba en 801 en Roma, supo convencer al papa de que el privilegio concedido á Lichfield habia sido obtenido capciosamente y de que constituia una violacion de los derechos sancionados por el trascurso de los siglos y por varias disposiciones pontificias, y logró influir para que se restableciera sencillamente el antiguo estado de cosas, como así lo decretó el sínodo que en el año 803, es decir, despues de su regreso, se reunió en Clovesho. Cantorbery recobró la supremacia hasta Humber y Lichfield volvió á ser obispado sufragáneo, con gran disgusto de Coenwulfo que tuvo motivos para con-

siderarse víctima de una estratagema. No podia este monarca atacar la disposicion pontificia que habian aceptado los obispos de su reino precisamente porque de antemano habia declarado que todo cristiano debia obedecer esta clase de mandatos, pero en cambio hizo cuanto pudo para que Cantorbery no pudiera regocijarse tan pronto de su victoria. El sucesor de Ethelhardo (que habia muerto en 805), el arzobispo Wulfredo, sufrió toda clase de vejámenes y por espacio de seis años se vió privado de ejercer sus facultades, viéndose por último obligado, para gozar de cierta tranquilidad, á consentir en que se hicieran ciertos pagos y cesiones de terreno en favor del rey. Tambien el arzobispo de York tuvo motivos para quejarse de las violencias que con él cometia Coenwulfo, quizás por haber acogido á su oprimido compañero. Leon III manifestó sus temores de que Inglaterra se separase de la Santa Sede, y procuró obtener de Carlos que interviniera en aquellas cuestiones, pero no se sabe á punto fijo si así lo hizo el monarca franco.

Por lo demás, pocas noticias tenemos acerca del reinado de Coenwulfo. Antes hemos hablado ya de su tentativa para destruir, con auxilio de los fugitivos del Northumberland, la soberanía que sobre este país ejercia Eardulfo. Como al fin tuvo que reconocer la legitimidad de este, y como la expedicion que su subordinado Hwycas verificó á Wessex, en donde, en 802, habia muerto Beorhtrico y sido proclamado rey Egberto, terminó con una derrota, parece fundada la creencia de que el poder de los mercios no siguió en aumento durante el reinado de Coenwulfo. Muerto este en 821, su monarquía cayó en completa ruina. Su hijo Kenelmo, niño de siete años, fué asesinado en 17 de julio, segun se dice por su propio ayo y á instancias de su hermana, que deseaba ser reina. La corona, sin embargo, pasó al hermano de Coenwulfo, Ceolwulfo, y con este, que en 823 fué destronado y reemplazado por Beornwulfo, hombre de estirpe desconocida, se extinguió en Mercia la antigua dinastía, cuyo último vástago, Baldredo de Kent, sucumbió en 825 ante los ataques de Egberto de Wessex.

Ya en 797 Alcuino habia deplorado que casi en todas partes se hubiese extinguido la raza de los antiguos reyes, viendo, con razon, en ello una de las principales causas del trastorno general. No era debido, pues, á casualidad alguna el que la hegemonía pasara definitivamente al único Estado en el cual se mantenía, bien que en una rama incierta, la dinastía que arrancaba de la época de la emigracion y fundacion del reino.

CAPITULO IX

EGBERTO DE WESSEX Y SU FAMILIA

Tante molis erat Romanam condere gentem

Nadie menos responsable que el rey Alfredo de la muerte del rey Beorhtrico de Wessex, acaecida en el año 802. Alfredo referia á su biógrafo, Asser, que la esposa de Beorhtrico, Eadburga, hija de Offa, celosa de un favorito de su esposo, quiso deshacerse de él por medio de un veneno, y que habiendo bebido tambien Beorhtrico, perecieron ambos. Entonces la reina huyó, con sus tesoros, por mar á Francia, en donde Carlo-Magno la cedió una abadía. Su desordenada vida fué, sin embargo, causa de que tuviese que huir de nuevo, y reducida á mendigar murió en Pavia.

A Beorhtrico sucedió Egberto, abuelo de Alfredo é hijo del ethelingo Ealhundo, descendiente de Ingildo, hermano de Ine; de suerte que su genealogía podia, por este camino y al través de muchas generaciones, arrancar del propio Cerdico, fundador de la monarquía de los sajones occidentales.

Posteriormente se dijo que Egberto, perseguido por Beorhtrico, que le temia como rival, se refugió primero en los Estados de Offa, y despues, cuando este casó su hija con Beorhtrico, en los Estados de los francos. En efecto, Egberto hacia trece años que vivia en Francia cuando la muerte repentina de Beorhtrico le permitió regresar á su país y la eleccion del witan puso en sus sienes la corona.

Esto es todo cuanto se sabe de los primeros años del hombre que tan á menudo ha sido considerado como el fundador del reino de Inglaterra; igual oscuridad reina sobre las primeras décadas de su reinado, durante cuyo período solo se sabe de él que en el año 815 asoló la parte de Devon y de Cornwall, de Oriente á Occidente, territorio que todavia se encontraba en poder de los britanos, y que diez años despues luchó en Gafulford (Camelford, Cornwall) contra estos. El rey Beornwulfo de Mercia para librarles de ser completamente sojuzgados y para evitar el engrandecimiento del vecino, atacó á Egberto; pero si con esto consiguió que dejara á los britanos, en cambio sufrió una completa derrota en la batalla de Ellendun, junto á Amesbury, en Wiltshire.

Esta batalla marca un momento decisivo para la historia de Inglaterra, pues desde entonces la condicion de potencia preponderante pasó de Mercia á Wessex. Las comarcas meridionales y orientales, que durante tantos años habian sido dominadas por los mercios, aprovecharon gustosas la ocasion de cambiar de soberano. Cuando en el año 825 Egberto envió á Kent á su hijo Aethelwulfo, acompañado del obispo Ealhstan de Sherborne, cuyos servicios tantas veces habian sido utilizados para los negocios de Estado, y del ealdorman Wulfheardo, los habitantes de Kent destronaron al rey Baldredo, que les habia sido impuesto por los mercios, y proclamaron rey á Egberto, pariente de su último monarca nacional, el infeliz Eadberto Praep. Sussex, Surrey y Essex ingresaron tambien voluntariamente en su soberanía y á él acudió en demanda de apoyo contra Mercia el rey de Estanglia. En la lucha con los estanglios habian sucumbido en 825 Beornwulfo y en 827 el sucesor de este Ludecan, con cinco de sus ealdormanes; para Mercia no era ya cuestion de conservar su antigua hegemonía sobre los Estados vecinos sino de defender su propia independencia; pero esta tambien desapareció cuando Egberto arrojó del trono al nuevo rey Wiglaf. Egberto llevó acto contínuo su ejército vencedor contra el Northumberland, el cual no esperó á ser atacado sino que en cuanto supo que Egberto habia pasado la frontera, se declaró dispuesto á aceptar su soberanía. En 830 sojuzgó tambien la Gales del Norte, y entonces el antiguo nombre de Mona fué sustituido por el nombre britano de Anglesey.

Nunca hasta entonces los Estados de la isla se habian visto sujetados por tan fuerte y afortunada mano. Las tribus germanas de aquellos territorios eran ya, á los ojos de todos, un pueblo, al cual el longobardo Paulo dió por vez primera, en el siglo VIII, el nombre de anglos sajones (*anglisaxones*) (1). Aquel país comenzó entonces á constituir paulatinamente un conjunto homogéneo y no llevó el nombre del pueblo sajón vencedor sino el de Inglaterra (Anglia), por ser la raza de los anglos la mas numerosa y la que hasta entonces habia tenido la supremacia. Sin embargo, así como Egberto en vez de llamarse rey de los anglos ó de los ingleses se denominó rey de Wessex, del mismo modo aquellos territorios que bajo su dominacion habia reunido, distaban mucho de ser un reino regido y administrado unitariamente. Los britanos de Cornwall fueron anexionados al Wessex, pues su independencia solo era posible mientras Wessex se viese amenazado por Mercia; en cambio, los estanglios, que voluntariamente se

habian puesto bajo el amparo de Egberto, conservaron su rey, y en el Northumberland pudieron seguir gobernando el hijo de Eardulfo, Eauredo, y despues de este su hijo Ethelredo II. Wiglaf, que habia sido arrojado de Mercia, recibió en 830, de manos de «su señor» Egberto, este reino, y los príncipes de la Gales septentrional que se sometieron, conservaron sus territorios. Egberto no conservó bajo su inmediata soberanía los reinos de Kent, Sussex y Essex haciéndolos provincias de Wessex, gobernadas por ealdormanes, sino que puso en ellos un rey en la persona de su propio hijo.

Como se ve, la intencion de Egberto no era fundar una monarquía unitaria sino conseguir aquella Bretwalda de los pasados siglos, diferenciándose la suya, que al decir de la *Crónica sajona* fué la octava, de la soberanía de los Bretwaldas anteriores únicamente en que comprendió por vez primera á todos los anglos y sajones y en que tenia en la soberanía sajona-kentica un centro difícil de destruir.

La cuestion principal era si esta monarquía suprema de Egberto seria mas duradera que las antiguas Bretwaldas y si constituiria algo mas que un punto de parada en los eternos cambios de que hasta entonces estaban llenas las páginas de



Corona de oro de Ethelwulfo

la historia inglesa. La solucion afirmativa de esta cuestion fué favorecida en las siguientes generaciones por dos circunstancias: la extincion de las antiguas dinastías en los demás países, que exigió la sumision á la soberanía sajona, y los ataques cada vez mas frecuentes y enérgicos de los daneses, que la hicieron indispensable.

Casi cuatro décadas habian trascurrido desde la destruccion de Lindisfarne y de Jarrow sin que los *paganos*, denominacion que daban los anglos sajones á los piratas de Oriente y del Norte, hubiesen parecido por las costas de Inglaterra. Durante este período, habian invadido la Irlanda, donde se presentaron por vez primera en 795, y en 805 por segunda. Desde entonces, habian inferido profundas heridas á la floreciente vida religiosa de la isla, vida que el monje autor del prólogo al Martirologio de Oengus celebraba todavia durante el curso del siglo con frases de entusiasmo (2). Entonces se trataba de oponer á lo pasajero de las cosas mundanas la persistencia de la Iglesia; Ailill, rey de Connaught, que en algun tiempo llegó á reunir á su alrededor á todos los guerreros de Irlanda, habia muerto, y su capital Cruachan habia sido enteramente destruida; pero oíanse todavia los coros de los monjes en Cluain-Mac-Nois. Tara, antigua residencia de los reyes irlandeses, yacia en ruinas; pero Armagh continuaba habitada por los adalides de las verdaderas creencias. Todo, sin embargo, cambió desde entonces: aquel convento y Armagh sufrieron, en 816 y 832 respectivamente, el primer saqueo de los paganos; el obispo de Armagh

(2) Véase d'Arbois de Jubainville en la *Revue critique*, 1881, página 186, sobre este Martirologio que Whitley Stokes publicó en *The transactions of the R. Irish Academy. Irish manuscript series*, vol. 1, parte primera (Dublin, 1880).

(1) *Hist. Longobard.*, IV, 22, y VI, 15.

tuvo que huir al Sur de la isla y los invasores se establecieron en distintos puntos de las costas irlandesas, que después sirvieron de puntos de apoyo a los piratas que de nuevo asolaron la Inglaterra.

La desembocadura del Támesis tenía grandes atractivos para aquellos paganos, que en 835 asolaron la isla Sheppey, junto a Cheerness. Al año siguiente, presentáronse delante de la costa meridional con 35 buques, y Egberto fué completamente derrotado por ellos en Carrum (Charmouth, en Dorset). Su reino pudo resistir aquel golpe, pero la derrota era de aquellas que no convenía se repitieran con frecuencia. Los britanos se pusieron en movimiento, y así como sus antepasados, para salvarse de los pictos y escotos, habían buscado el apoyo de los jutos, anglios y sajones, los cuales de aliados habíanse convertido en señores, del mismo modo esperaron vencerlos por medio de los daneses y reconquistar con auxilio de estos la libertad que con sus propios esfuerzos no habían sabido conservar. Cuando los daneses, en 838, llegaron en gran número a Cornwall, los britanos de aquel país hicieron pronto causa común con los recién llegados. Pero esta vez la victoria estuvo de parte de Egberto y el triunfo conseguido en la colina de Heugest (Hingstondown, al Noroeste de Plymouth) le dió de nuevo la soberanía de los britanos y obligó a los daneses a abandonar el país.

¿Pero por cuánto tiempo? La batalla de Hengest fué la última hazaña de Egberto, que falleció en 839. Este rey había hecho entrever la posibilidad de un Estado inglés, pero nada más, y aun esto había de ser puesto en tela de juicio si su sucesor no tenía su misma suerte y habilidad ó si la unificación, en sus comienzos, no podía resistir á los embates de sus adversarios.

No es posible desconocer el notable progreso que revela el hecho de que la corona de Wessex no pasara en aquella ocasión a un descendiente de Cerdico, sino al hijo del difunto, caso que no había ocurrido desde hacia dos siglos en aquel país. Según noticias poco fidedignas, Ethelwulfo, sucesor de Egberto, había sido educado para la carrera eclesiástica, pero después, quizás á consecuencia de haber muerto su hermano mayor, el mismo papa le relevó de sus votos. Lo único que se sabe á punto fijo es que en el año 825 su padre lo puso al frente del ejército encargado de salvar á los de Kent de caer en poder de los mercios, y que al ser anexionados los territorios del Sudeste, le nombró rey de estos países, monarquía que al ser llamado al trono de Wessex cedió á su primogénito Ethelstan. A juzgar por todo cuanto se ha dicho acerca de él, Ethelwulfo desempeñó pacíficamente su misión, sin estar á la altura que exigían los disturbios de su época. A su padre y á él se les ha comparado justamente con Carlo Magno y Ludovico Pio: lo que el uno había creado, el otro no supo conservarlo, y por tanto, mucho menos aumentarlo. Dotes guerreras eran lo que en primer lugar exigía la época, y aun cuando Ethelwulfo no carecía en absoluto de ellas, no tuvo mucha afición á cultivarlas. También entró algunas veces en batalla, pero esto aconteció con escasa frecuencia, pues por regla general dejaba los asuntos militares al cuidado de sus ealdormanes y al del obispo Ealhstan de Sherborne, hombre entendido así en el arte de la guerra como en los asuntos de Estado. La historia de su reinado es, en el fondo, una larga serie de irrupciones de los daneses, que se repetían con cierta regularidad de año en año y que luego cesaron por algún tiempo mientras duró el temor que les infundieron las derrotas sufridas ó el afán de conquistar más fácilmente el botín en otras comarcas.

La victoria que durante el primer año del reinado de Ethelwulfo consiguió su ealdorman Wulfheardo, que en otro

tiempo le acompañó en la expedición y toma de Kent, sobre las tripulaciones de los 33 buques daneses reunidos en Southampton, fué por muchos años la última, pues al año siguiente falleció Wulfheardo y las derrotas se sucedieron sin interrupción. Los de Dorset, conducidos por su ealdorman Ethelhelmo, fueron en 840 vencidos en la isla de Portland, y no fué más afortunada la suerte de los de Kent en los pantanos de Romney (841). En Kent, en Estanglia y en Lincoln fueron muchas personas asesinadas por los paganos; lo propio aconteció en 842 en Lóndres, Rochester y Cantorbery; y cuando Ethelwulfo se preparaba, en 844, para arrojar de Dorset á los que allí habían desembarcado, el campo de batalla de Charmouth (1) le fué tan funesto como había sido á su padre, pues al cabo de tres días de combate tuvo que emprender la fuga y los vencedores pudieron entonces realizar tranquilamente sus saqueos por el interior del país. Otras hordas se arrojaron al propio tiempo sobre el Northumberland y asesinaron al usurpador Redwulfo, que disputaba el trono al rey legítimo Ethelredo II.

Los años siguientes fueron relativamente tranquilos, por lo menos, nada sabemos respecto á ellos. Pero en el año 850, una poderosa armada se precipitó desde el mar del Norte sobre el Occidente, y su jefe Roriko, sobrino del príncipe danés Haraldo Klak, se arrojó sobre la Frisia y los Países Bajos; otra parte de la escuadra saqueó las costas del continente situadas más hacia al Oeste, y una tercera navegó alrededor de la isla británica desembarcando en el punto en que el riachuelo Pedrid (Parret) desemboca en la bahía de Bridgewater. El peligro debió de ser grande, pues así como hasta entonces solo se oponían al enemigo los contingentes de las provincias directamente amenazadas, esta vez se le opusieron, no el rey y el ejército del reino, pero sí todas las fuerzas del Somerset y del Dorset, conducidas por el obispo Ealhstan, y en aquella ocasión, la victoria estuvo de parte de los anglo-sajones. El resto del ejército derrotado en Parret ú otra división enemiga que se había dirigido al Devonshire, sufrió en 851 una nueva derrota junto á Wigcanbeorg, y el rey Ethelstan de Kent tuvo la suerte de vencer en Sandwich y de apoderarse de algunas embarcaciones (2). Pero no por esto consiguió obligar á que se retiraran los vencidos; aquella era la primera vez que los daneses invernanaban en Inglaterra, probablemente en la isla Thanet, que ya consideraron en otro tiempo muy á propósito los anglo-sajones á su llegada á aquellos territorios y que fué el punto donde generalmente acamparon sus sucesores septentrionales. Apenas hubo Ethelstan rechazado ó, como se dijo, vencido á aquellas hordas, se presentó en la desembocadura del Támesis una armada de 350 buques, la mayor que se había presentado en las costas inglesas, cuyos tripulantes se extendieron desde allí por todos los territorios. En aquella ocasión fueron invadidas Cantorbery y Lóndres; el rey vasallo de Mercia, Beorhtwulfo, tuvo que huir con su ejército, encontrando probablemente en aquella ocasión muerte violenta. El ataque fué tan general, y el número de los invasores, que se atrevían ya á llegar hasta al interior del territorio, á donde no habían llegado los otros, era tan grande, que podían estar tentados de conservar en perpetua posesión los territorios que habían caído en su poder, en el caso de que fuera derrotado el ejército sajón que allí acudía para combatirlos á las órdenes de Ethel-

(1) Las batallas de Charmouth y de Parret llevan en la *Crónica sajona* la fecha de 840 en vez de 845; en esto sigo la rectificación de Theopoldo, obra citada, 62-68.

(2) Pauli en su *Rey Alfredo*, pág. 55, dice que «Ethelstan procuró salir al encuentro de sus audaces adversarios en su propio elemento.» Esto no se desprende de la *Crónica sajona*. La cronología de esta vuelve á estar ordenada á partir del año 851.

wulfo y de su segundo hijo Ethelwaldo. La sangrienta victoria de los sajones en la batalla decisiva de Ockley, en Surrey, salvó la nacionalidad anglo-sajona y consolidó la supremacía de la monarquía sajona occidental, única que, á pesar de tantos desastres, se mantenía con el carácter de potencia protectora. Solo á favor del auxilio que recibió de Wessex, el rey de Mercia, Burhredo, que en la Pascua del año 835 se había casado con Ethelwitha, hija de Ethelwulfo, pudo reducir á la obediencia al país de Gales, que se había rebelado durante aquellos años calamitosos; y aun cuando fracasó por completo la tentativa de arrebatar á los daneses la isla de Thanet, y aun cuando estos, durante el invierno de 854 á 855, se establecieron de nuevo en Sepey, las repetidas derrotas sufridas en 851 ejercieron en ellos tal influencia que por vez primera no quisieron intentar ninguna gran empresa. Esto, después de los graves peligros corridos, pudo ser considerado como un don de la divina gracia, á cuyo reconocimiento se creyó obligado el rey del modo que se acostumbraba en aquellos tiempos.

Ethelwulfo, al ocupar el trono, había ya concebido el proyecto de ir en peregrinación á Roma, solicitando para ello la compañía de Ludovico Pio. Pero los trastornos al poco tiempo ocurridos en el reino de los francos, y sobre todo, el apuro en que le pusieron los daneses, fueron causa de que se aplazara la realización de aquel plan hasta que la hiciesen posible la victoria sobre estos últimos y la paz que á ella debía seguirse. Ya en 853 envió Ethelwulfo á Roma á su hijo menor Alfredo, acompañado naturalmente de personas de su entera confianza que despacharon el asunto, y el papa Leon IV, prescindiendo del hermano mayor de este príncipe, le confirmó y le ungió rey, así para el caso de que su padre quisiera ponerle al frente de un reino vasallo como para el de que pensara en nombrarle sucesor suyo en todo el reino. El valioso presente que Ethelwulfo, después del regreso de su hijo y antes de su propia marcha, hizo á la Iglesia, cediéndole la décima parte de todos los bienes que como rey poseía (1), puede ser considerado ya como precio de la sanción que el papa había dado á los propósitos que tenía formados sobre su hijo, ya como muestra de gratitud por la victoria que Dios le había proporcionado. En pro de lo primero está el hecho de que Ethelwulfo al emprender su viaje á Roma llevó también consigo á Alfredo, de suerte que este, siendo aun muy joven, vió por segunda vez la ciudad cuya visita constituía el más ardiente deseo de los anglo-sajones.

El viaje que á Roma emprendió Ethelwulfo se hizo con todos los honores que correspondían al supremo rey de los anglios. Agasajado grandemente por el franco Carlos el Calvo, el cual en presencia de los peligros que de parte de los

(1) El asunto está envuelto en gran oscuridad. La acepción de la *Crónica sajona*, 855: *Thy ilcan gære gobocnde Aethelwulf teoþan dael his lond's ofer als his rice Godo to lofe and him selfum to ecere haelo*, podría ser más exacta que la expresión contenida en la *Vida de Alfredo*, de Asser, (*Mon. hist. Brit.*, I, 470): *Decimam totius regni (?) sui partem ab omni regali servitio et tributo liberavit pro redemptione animæ suæ*. Hay además otra versión que difiere de estas; según el extracto que del testamento real hace Asser (pág. 473): (*Pro utilitate animæ suæ... per omnem hereditariam terram suam semper in decem momentibus unum pauperem, aut indigenam aut peregrinum, cibo potu et vestimento successoribus suis usque ad ultimum diem iudicii post se pascere præcipit, ita tamen, si illa terra nominibus et pecoribus habitaretur et deserta non esset*), y según el contenido de dicho testamento (publicado por Guillermo de Malmesbury) conforme en conjunto con el extracto, parece que creó una institución para socorrer á los pobres del país, pues dejó gravada la décima parte de la herencia real con la obligación de mantener á un pobre. Pero también es posible que el presente hecho de un modo indeterminado en 855, tuviera marcado en el testamento el objeto á que se destinaba. Véase Lappenberg, I, 192.

normandos le amenazaban, tenía motivos poderosos para recibir amistosamente á su afortunado vecino, llegó á Roma cuando había fallecido Leon IV, con el cual había tratado, y ocupaba el solio pontificio Benedicto III. Un año permaneció Ethelwulfo en la ciudad de los papas, durante el cual regaló al pontífice y á las iglesias de la ciudad eterna coronas de plata y de oro y preciosas casullas. Sus presentes fueron tan superiores á los que solían hacer los principales peregrinos que en la biografía del papa que de tal manera se vió obsequiado se hace especial mención de ellos. Para la iluminación de San Pedro y de San Pablo en la mañana de Pascua, consagró el monarca una fundación expresa. Esto sentado, ¿cómo no debía Ethelwulfo demostrarse pródigo con la «Escuela sajona,» destinada á albergar y á dar educación eclesiástica á los peregrinos de su nación, en cuyo templo, consagrado á María, practicaban estos las ceremonias del culto y en cuyo cementerio encontraban sepultura los que morían lejos de su patria? La tradición atribuye la fundación de este hospicio nacional á un antepasado de Ethelwulfo, al rey Ine de Wessex, el cual en 726 se había establecido en Roma, donde falleció; y en efecto, se comprende que otros príncipes anglo-sajones se acordaran de esta escuela, como se refiere de Offa de Mercia, bien que haciendo referencia á una expedición á Roma que este monarca no hizo. Pero el edificio se quemó en 817 y luego en 847, y todavía estaba reducido á ruinas cuando Ethelwulfo lo reconstruyó á sus expensas, fundando en él un monumento que se cuidaron de embellecer su hijo Alfredo y los posteriores reyes de Inglaterra, incluso el danés Canuto el Grande. Indudablemente aquel edificio se levantaba en el Borgo, en el mismo sitio en que hoy están emplazados el grandioso hospital y la iglesia del Espíritu Santo en Sassaia.

La religiosidad mostrada por Ethelwulfo en Roma se aviene muy mal con el hecho de que aquel monarca, anciano, y viudo desde hacia algunos años, se desposara á su regreso (julio de 856) con Judit, hija de Carlos el Calvo, que contaba trece años, y se casara con ella en el Palatinado de Berberie (junto al Oise) en 1.º de octubre, imitando también en esto á Ludovico Pio que con su matrimonio introdujo el descontento en el seno de su familia y en su reino. El disgusto nació entonces de la circunstancia de haber hecho coronar reina á su joven esposa por el arzobispo de Reims, Hinkmaro, con cuyo proceder, tan inusitado entre su pueblo, quiso asegurar á los hijos que pudiera tener de aquel matrimonio, el derecho de formular pretensiones á la sucesión. Los hijos del anterior matrimonio no pensaron en someterse á esta idea, tanto menos cuanto que no habían dado para la preferencia concedida á su joven hermano el consentimiento, que era requisito indispensable.

El hijo mayor de Ethelwulfo, Ethelstan, había ya fallecido cuando su padre pasó el mar; sucedióle en el gobierno de Kent y de los territorios del Sudeste que le habían sido cedidos, el segundo hijo de Ethelwulfo, Ethelbaldo, el cual, durante la ausencia de su padre le representó, con el título de rey, en Wessex y en todo el reino. Deseando avanzar sin consideración alguna, y pensando solo en sí mismo, no manifestó intenciones de abandonar el poder para devolverlo á su padre, cuyo proceder revelaba el propósito de postergar á los hijos del primer matrimonio, y cuya conducta merecía tan poco la aprobación de sus antiguos consejeros, el obispo Ealhstan de Sherborne y el ealdorman Eanulfo de Somersset, vencedor en Parret, que no vacilaron en ponerse al lado del hijo rebelde. Decisiva para este era la circunstancia de que el derecho á la sucesión que la coronación de Judit daba á sus futuros descendientes era incompatible con el derecho electivo del witan sajón. El descontento contra Ethelwulfo,